

La colección *Un libro por centavos* iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante diecisiete años (2003-2020) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Stanford, Yale y Harvard.

El n.º 164 *El universo es la patria* de la poeta Emilia Ayarza, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo de Henry Alexander Gómez, para esta colección.

Cuidado y selección de
Henry Alexander Gómez



N.º 164

Emilia Ayarza

*El universo
es la patria*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2020

ISBN 978-958-790-

© Universidad Externado de Colombia, 2020
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Febrero de 2020

Imagen de carátula
Schwarzen Frauen (Mujeres negras), por Marianne von Werefkin
(1860-1938) acuarela 72,5 x 111,5 cm., 1910, Museo de Hannover

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 17 años en:
www.uexternado.edu.co/unlibporpercentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

MARIANNE VON WEREFKIN (Moscú, 1860 - Ascona, 1938). Von Werefkin, Marianne es una reconocida pintora rusa que nace en Moscú en 1860 y fallece en Ascona (Suiza) en 1938. Criada en el seno de una familia adinerada que pertenecía a la nobleza rusa, su padre militar, y su madre, aficionada a las Bellas Artes. Von Werefkin inicia sus estudios en la Escuela de Arte de Moscú, dos años después de finalizados sus estudios, se traslada junto con su familia a San Petersburgo, donde comienza a ser reconocida y a recibir apoyo de la sociedad artística. De 1886 a 1896 toma cursos particulares con el artista Ilya Répin y éste le presenta a Alexej von Jawlensky quien se convierte en su compañero sentimental, poco tiempo después se instalan en Munich, donde abren una galería de arte que expone los trabajos de Jawlensky. Marianne Von Werefkin se dedica por completo a la difusión de la obra de su compañero, lo que les permite entrar de lleno en la vida artística de la ciudad. Durante 10 años se olvida de su propio trabajo; en 1909 crea, junto con Kandinsky y Franz Marc, la Nueva Asociación de Artistas

CONTENIDO

- Memoria de la risa [8],
Diálogo entre el poeta y yo [11],
Lumbre natural [12], Sangre desatada [13],
Ausencia [15], Humo lento [17],
Tú en mí, absoluto y verdadero [18], IV [21],
Tu nombre [22], Muerte [24],
El regreso de las voces [25],
Canción para siete nombres [27],
Amigo inmemorial [28], Imprecación [29],
Secreta muerte [33], Llanto y vigilia [34],
Esta soledad [35], Poema desolado [36],
Tríptico del adiós [38], Árbol [41],
Nocturno de los marineros [42],
Testamento [47], A Cali ha llegado la muerte [62],
El universo es la patria [66],
Jaula de espejos o la conciencia del hombre [69]

MEMORIA DE LA RISA

Un silencio de espejos
que te hacía más alto
cuando nadie sabía
que el júbilo empezaba.

Cuando apenas el cauce de mi sueño tenía
un leve incendio de antorchas submarinas.

Tú eras el primer habitante de la tierra
con idioma de viento y primavera
y un camino exclusivo de silencios
donde sólo tu voz, entre los árboles,
acusaba la existencia de las aves.

Yo he dicho que tu corazón
era el único señor de la comarca
donde cielos, tardes y horizontes,
se asomaban de azul a las colinas.

Yo he sostenido que en tu casa
construida por el día, en claridades,
no había iniciado su invasión la noche
con el violeta y su séquito de lilas.

Era la dulzura de tu huerto aromado
la que hacía romper el vacío en tu presencia;
y era la lluvia con su claro cuerpo
la que incitaba el himno de las nubes.

En el umbral de tu memoria
la sangre y la ternura
eran ya partidarias de mi piel.

Y antes de que la niebla te hablara
de que la luz perteneciera al día primero,
de que la alta mano suspendiera
en el aire su blanca omnipotencia,
de que las patrias verdes de los árboles
izaran sus millones de banderas,
de que los soldados de la brisa alinearan
con medallas ganadas en los vendavales
y la carreta líquida del río
la llevase un buey de viento,
yo estaba presente en el banquete
donde tú repartías islas, aldeas y bahías
y nombrabas princesas de las eras
y pajes a las algas y a las uvas.

Cómo olvidar cuando dijiste
primitivo aún y verdadero:

“Siendo el primer habitante de la tierra
yo te bautizo, Giraluna,
Sonatina, Espuma, Eco del Río,
Espiga, Corazón de sombra,
y te hago señora y capitana
de la primera sonrisa que germine”.

Y aquí me tienes, en llanto convertida,
con el tallo del júbilo abrazado,
en el desierto de mi imperio trunco:
¡Qué aún no ha germinado la primera risa!

DÍALOGO ENTRE EL POETA Y YO

Poeta, escucha:

“Habla que tu voz dilata el aire.”

Poeta, ¿qué es el grito de la vida?:

“Es el reflejo de todos los silencios de la muerte.”

Poeta, ¿qué es el sol?

“Una claraboya dorada por donde vemos a Dios.”

Poeta, ¿qué es la risa?

“Es un puente sobre las aguas del llanto construido.”

¿Y el corazón?

“Es un niño que siempre juega a sufrir.”

Poeta, ¿qué es la soledad?

“La soledad, amiga mía, es la más dulce compañía.”

Y tú poeta, ¿qué eres?

“Yo soy la soledad”.

LUMBRE NATURAL

No. Si no es mi voz como un faro
la que está iluminando el laberinto.
Si no es esta pequeña palabra mía
la que limita al norte de la tierra.
Si no es mi sueño el que suspende
el verde meditado de las hojas.

No. Si no son estos inútiles poemas universo
los que tratan de abrir los ojos en el caos.
Ni es allí donde mi voz se junta
que trata de nacer la inmensidad.

Es que tengo el júbilo de crecer en mis hijos
y de saber que los labios del amado
se conserva aún horizontal y tibio
el primer sabor de mi ternura.

SANGRE DESATADA

Es la hora,
muerte

Te entrego mis pinares
de límpido platino
y los bosques subterráneos
con músculos cantando.

Será clara tu fiesta
como la voz de la lluvia.

(Te doy mi marinero
y desparramo mi mar.
Estaba en cicatrices
anclado el marinero.)

Ten estas violetas
con la edad de los puñales
en la punta de su sombra.

Te doy la medialuna
del trino
en la blancura del pico
estremecido.

Toma:
Es mío este esdrújulo
aliento vegetal
que opaca el desmedido
espejo de los campos.

Y estas golondrinas
en llamas de viento enamorado.

Ten mi niño:
me lo arranco del vientre y de los ojos.
Ten sus manos:
dos pequeños olvidos de Dios
sobre la tierra.

Me entrego completa
con piel y palabras.
Que estrenen tus cifras
mi cuerpo dorado.
Que invente idiomas
tus manos tendidas.
Que llenen los ríos
sus cauces de sangre.
Cuando entre a la muerte
seré para Dios
un leve tatuaje
de luna en la sien.

AUSENCIA

Se ha ido
mi grito
para el infinito.

Atado desnudo
su cuerpo ondulaba
frágil
ágil
plúmulo
trémulo
lúcido
translúcido
blanco
sobre blanco.

Se ha ido mi grito
para el infinito.

Estaba orientado
su cuerpo frustrado
al norte de ti.

Se ha ido
mi grito.
¿Está subterráneo
dorando metales
o haciendo los sueños
por entre los párpados?

Se ha ido
mi grito
y ahora lo veo
colgando del viento
como un niño pequeño
que hubiesen ahorcado.

HUMO LENTO

Escultura del recuerdo
es el aire soportando
tu aroma en mi corazón.

TÚ EN MÍ, ABSOLUTO Y VERDADERO

Ha quedado tu forma.
Entre mis sienes pálidas —corazones de invierno—
está palpitando tu sangre verdadera.
Y azul en mis orejas
tu aroma universal
recorre itinerarios de tibio porvenir
en tanto que mis ojos alumbran el camino.

Compases indelebles dibujan
medialunas de fruto adolescente
nombrando el sitio exacto
para sus pequeños hombros.
Y toda yo, florida,
colmada como árbol de aire dulce,
como mar de perlas y estrellas marineras,
como campos de trigo y soledad,
como aldeas de niños y campanas,
soy una tierra nueva
descubierta recién por tu milagro
cuyo grito se alarga por mis ámbitos
como se alarga en el desierto el viento
y el alma desolada del silencio.

Y tú estarás arborecido
conociendo la verdad de tu cosecha
a través de mis vigilas castas
pasadas entre lino y dulce-abrigo.

Ponte de pies para escuchar tu sueño,
venido de mí y de su voz futura.
Y entreabre las manos para conocer
la primera piel que traerá tu hijo.

Y las gentes sabrán de tu milagro
y no sabrán nada de mi voz de angustia.
Dirán: es una mujer tierra
como la tierra. Fecunda. Perfumada. Taciturna.
Con venas de río, carne de manzana
y canto enredado al cuello del árbol.

Y hablarán de la fruta y la esperanza;
del alma del aire,
la luz de luceros,
la risa de mar,
la sangre de azúcar
hinchando las arterias de los naranjales.
Dirán: tú eres, mujer vegetal
con brazos de flor
y vientre de aroma
la que usará la luna en los cabellos,
el mimbre en el regazo
y un amplio coro de celeste canto
en la ajena realidad de la garganta.

La que llevará traje blanco
en honor del algodón,
la que olvidará el color de las espinas
y hallará el más alto sitio de la savia.
Tú, mujer vegetal,
habrás inaugurado la alegría,
de todos los mástiles al viento;
habrás condenado a muerte
las lágrimas nacidas
en el sueño vertical de los puñales
y habrás hecho patente
el idioma increíble de los párpados.
Sólo tú conocerás el sabor
de la próxima alegría
y podrás definir
el síntoma violeta de la tarde
y la víspera de uva de los vinos.

Y seré la mujer tierra;
la vegetal mujer que tú conoces
lista a que te encuentres absoluto
cuando levantes a pulso la criatura
y las lágrimas me impidan recordarte:

“He ahí tu forma verdadera;
tu carne a través de mi ternura,
mi voz en la patria de tu sangre.”

IV

No habrá último día para el sueño
ni campanas guardadas.

Sobre la paz de la tierra
te quedarás creciendo
como un crepúsculo a lo largo del silencio.

Vegetal, hombre jubiloso,
extenderás tus manos como ramas
sobre el campo y la agonía.

Te subirán ese instante por la piel
frutos de hielo, nubes trashumantes,
lágrimas de niebla,
y a veces mi voz estupefacta.

Y no serás doloroso como un hijo sin edad
porque te alzarás, torre de luz,
sobre los párpados del sueño y las cometas
y serás la voz de alarma
de las mariposas y los ciegos.

Déjame ese día ser alta en tu estatura.

TU NOMBRE

Tu nombre flecha y horizonte.
Y la cal de las paredes, las tinieblas,
el olor de mis cosas, la voz de los rincones
se doblan de tu nombre.

Rodea tu nombre mi casa, mi lámpara,
mi caja de papel y mi dulzura.
Vellón de vocales contra mí
en su idioma de oveja y de pastor.

Si a veces te nombro al decir otras palabras,
es porque tú eres el dueño de las letras.
Es porque te conocí el día del abecedario.
Es porque te siento en la cabeza
y apenas si puedo caminar.

No sabría decirte por tu nombre
si el beso no existiera.
Como no podrás tú cercarme ni sitiarme,
si lograra usar una pulsera en el tobillo
o un ramo de frutas sobre el hombro.

En el tumulto y en la soledad,
en mi calle, mi perro y en los árboles,
alrededor del pan y mis vestidos grises,
tu nombre es espacio vital,
es parte de color y aroma, es viento tibio.

Cinturón de anillos, aire fijo,
edad de ausencia en la presencia misma,
nombre de soles, de país en llamas
con intervalos de niños y ceniza.
Nombre total.

MUERTE

Blancas palabras
que la muerte pronuncia desde el hielo.
Caminando como brisa, como fuente,
mi sol llamó su voz de hoguera
al oído de tu piel.
Y tú estabas con la muerte
partida en dos silencios
bajo el párpado.

EL REGRESO DE LAS VOCES

Convoco el regreso de los sueños
para que se hablen la luna y los pañuelos.

Para que el llanto y la voz desintegrados
funden su lenguaje de harina, agua y lucero.

Invito las palabras olvidadas
al sitio de mi pulso y las decido
a interpretar de nuevo la sombra y el temblor.

Hago poner de blanco las vigiliass
y de cal mi defendido corazón.

Yo hago llorar de nuevo mi sombrero verde
y hago que den gritos las piedras de mi puerta.

Obligo a que te amen las cosas y los niños
y a que se te vayan detrás los animales.

Resuelvo que el agua, los sauces y el crepúsculo,
los pétalos, el mar, las tempestades,
te sitúen al principio de sus nombres.

Oh! regreso infalible,
Oh! regreso legítimo.

es como la muerte en su casa de huesos
la ausencia clavada en la mitad del tiempo.

Es como la sangre de polvo en las arterias
el paladar vacío y las huidas formas de los brazos.

Cuando el regreso, la nieve inventará pisadas
y el eco hará gavillas en el tiempo.

Los altos árboles celestes
abrirán su pentagrama vegetal.

Los ríos y los mares medirán
con centímetros de espuma las distancias.

Y yo estaré —soterrada estatua de silencio—
en el sitio del grito y la centella.

Oh! regreso extraordinario!
Oh! ilímite regreso!

CANCIÓN PARA SIETE NOMBRES

Niña Ola,
sortija del mar.

Niña Aire,
madrina del viento.

Niña Árbol
corazón de fruta.

Niña Espiga,
ojos del pan.

Niña Lluvia,
sueño de cristal.

Niña Sol,
sangre de oro.

Ven
Niña Sombra.

Niña Nada!
ven!

Ay! me está borrando la muerte
los siete nombres que tengo...

AMIGO INMEMORIAL

Ven a mi casa, amigo,
cuando la tarde se inscriba en el silencio
y las calles, los hombres y las puertas
escojan el clima de la noche.

Cuando los termómetros y las chimeneas
se crucen el rostro en la penumbra
y la tibieza —mi perro favorable—
se tienda en las alfombras.

Ven a mi casa, amigo,
para comprobar el olvido y las teorías
de la hormiga delgada, el viento y el arroz.
Para decir definitivamente si la soledad,
es esta taza de té, alrededor de tu voz y de la mía;
o es el nombre de los libros y las niñas
que te cortan el pulso y la memoria.

Ha de venir la lluvia con tu mano,
las dos con un vago deseo de caer en mi pelo.

Estará para entonces el ruido entre mi piel
y mi muerte irá de ronda de manzana en manzana.
Sólo las palabras saltarán increíbles
como en un entrecortado deporte de labios.

La tarde en que descubras mi corazón cotidiano,
vendrás a mi casa, amigo inmemorial...

IMPRECACIÓN

En vano nuestra carne
alzará el hijo en el tallo fatal de su potencia.
En vano la soledad se mirará de frente
y se hará una estatua sola
como un hombre que descubre la muerte entre
sus venas.

El hijo vendrá, como la hierba y los caminos,
sabiéndose primero que la tierra
viviéndose adentro de su dermis
y desnudo como el día que lo engendraron.

Su justa tentación de ala
será nula cuando sepa
que es un insignificante payaso de los huesos
y ocultará entonces sus remos de diamante.

Oh! tiempo sin hechura de sueño.
Oh! absurdo porvenir de alondra.
Oh! inútil entraña iluminada.
Cuando en el vientre dibujes ojeras a la madre
—desde tu breve condición de péndulo—
ya será recordada tu sustancia en los gusanos
y las lágrimas se habrán colocado primero que
los ojos.

Tu sangre que circula
—como la sombra de los caminantes bajo su
rota sandalia—

iniciará en tus cartílagos su crucero de cadáveres,
su serie de hombres sin poblar,
su viaje de tumbas, su colmenar de viudas,
mientras la tierra misma empujará
como un ratero, las palabras a tu boca.

Hijo que naces como lirio en decadencia:
La muerte está pegada a tus arterias
como estarás tú luego al seno de la madre.
Lentamente caerá el odio sobre tu adolescencia
en tanto que el sol, como puñal,
se clavará al echo de los árboles.

Y tú, adentro de tu savia,
conocerás antes que el pan la rigidez del trigo.
Antes que el amor tu corazón de arena.
Buscarás en vano la clave de la rosa,
la fecha del ala y un poblado profundo,
la hora vespertina en los pastores,
la palabra no dicha de la lluvia
o simplemente un cielo diáfano u desnudo
como una hembra azul.

En vano increparás.
Tu nacimiento es un hermano más que cae.
No alcanzarás a existir en la tibieza de la piel
porque se derramará tu sangre como una vena agraria
sobre los surcos abiertos de cadáveres.

Si naces, niño nuestro, resurrecto del caos,
preguntarán los pasos del crimen por tus pies
y una bandera—de la cual el viento hará un retrato—
te enseñará su himno fratricida.

A eso vienes.
A brotar de tu madre como una bayoneta.
A quitarte a sus hombros el sitio de las frutas
para amoldar el fusil a tu estatura.
A eso naces.

A borrar los senos de tu madre de su mapa fecundo.
A sembrar la flor inútil en el jardín de su vientre.

Ya no damos hijos, pequeños hijos,
sino monstruos de botas y dimensión felina.

Ah! nuestras entrañas como un mar adentro
ahora derrotadas sobre playas de sangre.
Ah! nuestra piel de agapantos susceptibles,
nuestras sienes en la torre del sueño
y la abeja inverosímil de los labios.

Cuánta semilla vana bajo el paladar.
Cuántos paisajes de hojas en la estación del viento.
Cuántos potros de luna en el silencio!
Cuánto futuro en el vaivén de la cuna
que albergaba un guerrero, como si fuera un niño...

Qué absurdo vuestro nombre
Alberto, Jorge, Luís, Álvaro, Rodrigo, Francisco.
Qué absurdas las vigiliass para inventar el cauce
de la miel!

Si cualquier día os harán el festín de los gusanos
y os pondrán la carne amarilla y nauseabunda
como un charco de donde huyen las estrellas.

No. Ya no damos hijos. Esos pequeños hijos
que nuestra leche sitúa entre los hombres.

Ahora nuestro vientre
es el primer recinto de las bestias.

Ahora las criaturas
por las que nos ponemos a nivel con Dios
son un pretérito ejército de búhos.

Maldice nuestros vientres, señor del pan y el agua!

Maldícelos! Maldícelos!

Nuestros hijos están entre la muerte
como el alma del hombre entre su estatua!

SECRETA MUERTE

II

Tú no vas a morir.
No habrá ciprés para tu pelo
ni árbol alguno crecerá en tus huesos.
Que se duerman sin ti las amapolas
(sin el caliente sueño de tu sangre)
Y que se parta el silencio contra el aire
el día que pretenda tu canción.

Hombre mío sin muerte:
Sal a detener el aire y los sollozos.
Sal a recoger el alba
a tomar posesión de tu mujer y tus aldeas,
a no dejar que el amor se petrifique.
Haz que abran en el campo
su flor de cobre las campanas...
Pon en cada ventana un viaje.

Una mujer y un hombre en cada alcoba.
Deja como una flor el olvido entre los libros.
Trae una canción blanca hacia los pianos.
Entrégale al mar su corazón de azúcar.

Porque eres inmortal
y dios en vano busca entre los hombres tu designio.
La muerte se desploma delante de tus pies
y yace en la penumbra por ignorar tu sombra!

LLANTO Y VIGILIA

Aquí está el dolor.

Como un árbol se levanta
para cubrir la angustia.
Presión establecida
Entre el llanto y el sauce
como si una voz de enredadera
prendiera de lágrimas y acentos
el muro de la última palabra.

Aquí está el dolor.
Y sólo estamos tú y yo para negarlo!

ESTA SOLEDAD

Estamos solos tú y yo contra todo y el relámpago.
Sin ojos y como antorchas en los brazos de la muerte.
Huéspedes de la tormenta. Tripulantes de la nada.

Hombre mío imposible:
Tu fiel, la que amas, la que amanece en tus labios,
la que posees en el caos
se dobla como los trigos ante la mano del viento.

Tanto dolor la desgarrar, cuando el amor le anticipa
sus huracanes de olvido!
Estamos solos. Desnudos.
Tinieblas y cementerios nos aúllan en la piel.
Los ojos están tendidos sobre una playa de fuego.

Collares de niños muertos nos cuelga de las entrañas.

(Escuchemos a Beethoven bajo la tarde—mi amado—
dame la mano, y lloremos...)

POEMA DESOLADO

Porque te amo y la tierra
y las voces y los signos te reclaman.

Porque te creo y el sueño
se cae de tus párpados.

Porque te lloro y las tinieblas
te dicen solidario y te señalan.

Porque busco mis derechos de hiedra.

Porque frente a tu corazón
no está más que mi lengua.

Porque mi savia y mi espina
constituyen tu huerto.

Porque algo me estrena
y me descubre.

Porque el fuego se pone
redondo entre mi cuerpo.

Porque todo me indica
me viaja y me subsiste.

Porque me esperan las viñas
y me saben los peces de memoria.

Porque todo el territorio me contiene.

Porque estoy caminando por tu casa
entre ovillos de lana
y tus panteras.

Por mi vino.
Por mi casa y mi veneno.
Por mi espejo y mi cadáver.

Por la ventana donde el cielo
se acomoda al tamaño de tus ojos.

Porque soy
Porque canto!

TRÍPTICO DEL ADIÓS

I

Tal vez llegue un lunes.
Tal vez esté lloviendo.
Tal vez sobre el tejido haya un poco de sol.
Tal vez en las ventanas hay frentes. Humo o nada.
Tal vez cruce un payaso
con un circo llorando en el tambor.
Tal vez sea un día con niños y banderas
un día asnos y borrachos.

Tal vez haya puesto un sábado
su víspera de fiesta en las esquinas.
puede ser que una modista y un labriego
aúnen su sexo, su moneda y su desvelo.
Quizás una mujer de vientre encandilado
busque entre los hombres un rostro para el hijo.
Quizás algún adolescente sueñe con la ternura
de Hamlet

o la hierba...

Quizás no pase nada.
Tal vez sobre los vientos
escriban las campanas su palabra nupcial
o sostengan los perros el clima de la noche.
Tal vez alguien necesite un libro abierto. Una mujer.
Una melancolía pequeña.
Una caja fuerte. Una droga. Un nieto con ojos
de abanico.

Un ejército de ranas. Un grillo displicente.
O una bodega donde el vino
cante operetas y esté —como la sangre— tibio.
Tal vez no quiera nada.
Tal vez haya empezado la estación del tiempo
en la memoria de la primavera.
Porque el adiós no llega la noche del vestido
nuevo y los cerrojos.
Ni el momento en que la luz y las hendidias
escogen el arma
para la certera indiscreción del duelo.
El adiós llega la noche en que uno dice “irremediable”.
La tarde en que uno piensa “inseparable”.
El día en que uno llora para siempre!

II

Es la simpleza del vacío.
La algarabía de los idiotas que nos hace sonreír.
Es una vieja palabra sin estribos.
Es el tren. Las hojas. Los vocablos al borde de la lengua.
El luto de las noches.
La histeria de los pueblos a las seis de la tarde.
La angustia entre el vientre y el recién parido.
Entre las puertas y el aliento.
El adiós es el breve onomástico del caos!

III

El adiós llega la noche en que se va el tacto de las manos.
La tarde en que la hora se roba el contorno de los pinos.
El día en que el sol en el espejo
sabe que es un dios amarillo y sempiterno.
El momento en que lloramos
y el llanto se desnuda y en fila su cuerpo hacia la muerte.
Llega cuando los novios estrenan la pausa de su lengua
Y su silencio construye una casa con flores
o bautiza los hijos.
Cuando una montaña eleva su cuerpo de distancia
y certifican el limbo, las tumbas y los barcos...
Cuando caen los pañuelos como nieve en el olvido.
Y desatan los caballos sus cuerpo sagitarios,
llega el adiós.
El adiós es liso.
Nublado.
Ruginoso...

ÁRBOL

Árbol que de la tierra se levanta
como una mano vegetal al viento.
Trepas serena por tu cuerpo y canta
la muerte en la verdad de su elemento.

Tu aldea de raíces adelanta
al aire el don de la dulzura y lento
el día de tu fruto se transplanta
al corazón, en amoroso intento.

Pentagrama del pájaro. Comarca
de la sombra. Memoria del olvido.
Tu verde potencia en el espacio marca

el cántico y el tiempo redimido;
y sólo tu silencio es el que abarca
la arquitectura universal del nido!

NOCTURNO DE LOS MARINEROS

*Al negro sacrificado por la violencia
y enterrado vivo en las playas de Tolú*

Definitivamente Juan Antonio
te cosieron la muerte a tus espaldas
como un vil retazo.

Tú ibas por la playa y eras negro
y tu piel de cangrejo embetunado
le ponía un ardiente negativo al mar.

Ibas a tu casa
con la mano crispada en un billete
cuyos bordes derramaban pan
y cuyo fondo era tu lengua en los zaguanes
o tu aliento en la memoria de los latigazos.

Ibas a tu casa
con el hambre de guardia en el gaznate
y la tarde escondida entre tu pelo
con toda la dificultad de su esfumino.
Ibas negro, inmensamente mentiroso en tu belleza,
con tus palmas rosadas
y tus dientes de lento cocodrilo humano
que le abrían horizontes de nieve a tu sonrisa.
Ibas dispuesto a fornicar,
a no pensar en las orejas de tu madre —argollas
colgantes—

o a tenderte en el suelo con tu hijo menor
y mostrarle las manos del aire en el espacio
sosteniendo el corazón del colibrí.

Ibas solamente a bañarte los pies o las axilas,
a poner un tabaco entre tus labios
que escribiera frases de sueño con el humo.

Ibas desprevenido
con tus llagas como rosas sobre el hombro
y las tinieblas de tu raza
desbordando el rostro por las tibias ventanas de
tus poros.

Ibas de bronce, con un retazo de luna en el bolsillo
y la tinta de tus pies dando a la playa
el último compás de tu estatura.

Venías desprevenido —como los colegiales—
sin saber que la arena contaría mañana
la historia de tu sangre a los moluscos.

Lo único blanco que tenías —tu mente—
estaba en el bosque de Ruth, donde el delirio
había instalado su incendio permanente,
o apenas se enroscaba en la certeza
de que era el cuerpo del mar muy bien azul
como era azul la cara de los cielos.

Ibas pensando en que eras negro
o simplemente un hombre con sal entre la patria,
un poco de brea en la memoria
y el amor en la pauta de su camisa a rayas.
Y pensante en ti como un sudor, como un callo,
como un sueño dormido entre un farol,
como un barco que lleva un puerto entre los ojos
o un velero cuyo vientre trae
su blanco embarazo de cerveza.
No es cierto que tu sueño era un árbol, Juan Antonio?
Que tu sueño era mirarte en los espejos redondos
de tu negra,
e hilar de noche su cuerpo en un ovillo
y lograr un muchacho con tu nombre?
Sí. Era tener una casa —lenta de tablas como
peces muertos—
donde una calle cualquiera entregara a diario su
mensaje gris.

Era tener una casa con jarros y con velas
para tatuar la quietud de tus vigiliass
en el pecho caliente de alcohol.

Tú no pensabas en coger la muerte
como una flor en el tallo de un niño.
Tú no querías castrar a tu vecino.

Tú no querías que el fuego en el techo de nadie
pusiera un retoque amarillo entre tus ojos.
Tú no querías acostarte absorto
con el nombre de Dios entre la lengua
y amanecer con el sabor de un crimen en la boca.
Tú no podías segar la risa de la tierra
para que el mar llorara sus lágrimas de vela.

Tus hombros de proa
tu pelo de red
tus ojos de batráceo,
no eran las noches sin párpado de los contra-
bandistas
ni la lujuria verde de los asesinatos.
Eran los pueblos con su plazuela de viajes.
Eran los claros del día del uno hasta diciembre.
Eran la viuda en cada puerto de los marineros,
—aquella que cuenta sus brújulas de ausencia
con un cierto candor melancólico de aguja.

Tu cuello de cilindro
tu risa de cal
la abrupta geografía de tus brazos
la sangre carmelita de tu abuelo,
no eran la barbarie agazapada
bajo el oscuro manto de tu piel.

Eran quizás la tristeza de un viejo capitán
cuyas manos con nudos marineros
construían en tus ojos de grumete absorte
botes de vela en miniatura.

Te dieron muerte a medias.
Te sembraron un gusano en las arterias
cuando aún era tu sangre un lento río.
Y se sirvió en la playa tu banquete negro
cuando del pico de los gallinazos
salió la semilla de tu corazón.

Cadáver fluvial. Hombre de sombra.
Un desigual silencio de llanura
guardará tu estertor bajo la tierra.
Y no olvides una cosa, Juan Antonio:
Tu color se comió desde la muerte
la noche en que sólo fueron blancas las estrellas!

TESTAMENTO

—I—

Hijo mío:

Alguien te dirá: “tu madre ha muerto”

y mi muerte vendrá

y nadie pensará en la muerte.

Una tibieza de mano se alzaré en tu frente

y por tus ojos de agua y muy adentro

se alzarán mis palabras como estatuas.

Dirás entonces —madre— y tu lengua como espejo
repetirá mi forma.

Tomarás en las manos mis cosas y mis libros

y sentirás en el cuello las cadenas

que se quebraron al llegar la muerte.

Sobre mi mesa un poco de vino ya sin sueño
olvidará entre la copa su potencia de uva defraudada.

Dos cartas, tres desvelos, una muerte,

viajarán por mi lámpara.

Una rosa vendrá desde el aroma

para fijar el amor entre mi nada.

Y estará todo sereno.

(Habrá un murmullo quizás de viento deshojado...)

Abrirás entonces las ventanas.

Un claro novilunio dirá tren, barco o infinito.

Un lento dios irá de mi voz a tu silencio.
Y alguien te recordará:
“tu madre ha muerto”
Y casi árbol mi piel desesperada
hará los besos huyan de las frutas.

Dirás:
“Todo tuvo y nada poseyó.
Soles negros pasaron por sus sienas
oscureciendo la llama de sus bosques.
Anduvo siempre sola entre las multitudes.
Su terrestre piel por las raíces
se adentraba hasta el pecho de los ruisseños.
Y por la madrugada en el rocío,
hacía su viaje transparente y puro
para poner su llanto entre la hierba”.

Pensarás:
“La pálida bahía de su frente...
Sus ojos de sombra más adentro
que la luz de su propio resplandor.
Su nariz, su cuerpo grande,
La risa cromática
Como un collar que se rompiera
Al borde de una escalera de metal.

Y gritarás:
“Elegida del Silencio.

Favorita del caos.
Transeúnte de la nada.
Huésped de un ser desconocido.
Madre que partes de mi carne:
Sólo mi cuerpo morirá tu muerte!"

—II—

Hijo mío:
Colombia es tu patria.
Te la entrego
cabizbaja en las playas del Atlántico
y abierta y descarnada en la orilla del Pacífico.
Su garganta en el Canal de Panamá;
Sus senos en el pico de Los Andes.
Sus ocrosos flancos del Chocó.
Su cintura en el río Magdalena
y su desesperado ombligo de café.

Tu patria es el sitio de la sangre.
La señora del silencio calibre 32;
la patrona del desahucio y de la reja.

El microbio y la carroña
invaden su piel de orquídea taciturna
y los niños colgados de los árboles
son el fruto tangible de sus bosques.

Cada hombre es un monstruo asalariado.
Un descompuesto aborto de la naturaleza
por cuyo cuerpo corre
la negación en pus de sus arterias.

Te dejo a tu patria sin honor.
Sin apellido.
Llena de campesinos doblados como sauces
al borde de oscuros manantiales.
Con el idioma mutilado
en la redondez de su mejor palabra.

Te la dejo llena de lágrimas
como un cristal cuando llovizna.
Con las sienes en el pecho del hambre
y su cuerpo de platino relativo
deshecho en el fondo de las minas.

Te la dejo con su ejercito de boas.
Su asociación de hienas rubicundas.
Su margen de babosas despreciables.

Te dejo el cáncer de las rotativas
que carcome la piel de las palabras.
Los linotipos sin lengua.
Los lingotes en franca carrilera hacia el desván.
El milagro de la voz en el espacio
ensartado en el virus de la antena.

Te dejo las urnas vacías —como úteros malditos—.
El silencio de almacén de catafalcos
que trepa las paredes del senado y de la cámara.
Las esquinas con pobres y cigarros apagados.
Las puertas con hambre. Los patios sin luna.
Las tiendas exclusivas donde venden
—sin estampillar— cadáveres y vino;
y una bota en el mantel de los labriegos
para guardar la sal y los vinagres.

Te dejo también un compañero
un prematuro habitante de la sombra
un hombre-niño con barbas de hollín desvanecido,
y su tesis sobre el sueño en la memoria,
en cuyo pupitre de la universidad
se sienta ahora un vil gusano en traje de parada.

Y un parque con botones de rosa que disparan.
Y un circo con bozal.
Y veinte tardes con kepis.
Las noches donde los luceros
son agentes secretos que rutilan.
Una urbanización donde los árboles
—por no contaminarse—
se trepan llorando de verde al infinito.
Diciembre sobre ametralladoras
anunciando la guerra en las vitrinas.
Y un hospital donde las llagas
escudriñan la conciencia de los hombres.

El hambre nace en los gatos de cojín,
en el rubí del prestamista
en la úlcera del burgués invertebrado
en la frase —¡Mi pueblo!— con que los políticos
diseñan sus campañas en la sombra
como se esboza un minotauro en la penumbra.
Una perra nos dice qué es el hambre
cuando toma de los hornos crematorios su mensaje
y por sus innumerables pezones lo transmite
dulcemente a su postrer cachorro.

Con desesperación tu patria te reclama.
Desde su ejército de ríos poblados de suicidas
hasta el mar y sus movibles edificios de espuma.
Desde el remordimiento gris de los oscuros
hasta su latifundio de anemias amarillas.
Desde los hospitales donde
cosen los pobres a la muerte,
hasta los postes telegráficos donde el recuerdo
se purifica en el pecho de las golondrinas.
Te necesitan los niños cuando saben
que en la plazuela del pueblo la cabeza del padre
en una escarpia,
recoge el nombre de Galán de los escombros.
Te necesitan las aves y las frutas cuando invaden
la dulzura de los árboles.

Te necesita la fe para decirte que no tiene pecho
que la albergue.
Te necesita la justicia. La salud. La paz.
Te necesitan los libros que no alcancé a escribir,
las patrullas ignorantes con ojos como trompos
de cristal,
los callos, las tinieblas, los adobes, las hornillas.
Te necesita todo —en fin— desesperadamente!

—III—

Yo me muero —hijo mío— porque el tiempo
ya no me dá su dimensión de toro.
Porque la vida y Colombia se me van de entre
las manos
como el tacto de la piel del moribundo.

Porque a los sueños les pusieron pasta.
Y enlataron el júbilo y la risa.
Me voy porque hay que medir con metro las ideas.
Hay que poner en fila hasta las lágrimas.

Hay que aceptar un molde en el aliento
y con tijeras redondear la voz.
Me voy porque rondan los panales y los nidos.
Porque siguen en motocicleta a los gorriones.
Porque los helicópteros taladran con su broca
de viento

la memoria del cielo.
Me voy porque el decoro está de bruces en las
alcantarillas.
Porque el vecino tiene ahora ángulo facial de
mortecino.

Me voy porque a los niños pobres
les clavaron los ojos a los televisores
para que no vieran matar a su maestro.
Porque cada día es más baja la tarifa
para aumentar los archivos de la muerte.

Porque los hombres de talento
los que tuvieron el país entre las manos
—como un pañuelo de percal inglés—
Jugaron en masa a la gallina ciega
Y cruzaron altivos la frontera
Mientras una hemorragia de muertos se escapaba
Por las rotas arterias de la patria!

Me muero porque abrieron mis amigos su
kárdex de avalúo.
Porque a la diestra del crimen se sentaron
el galeno, el arquitecto, la odontóloga y el veterinario.
Porque asistió al banquete mi pariente.
Porque en las noches tristemente
el mayordomo y la revendedora
cuentan el tiempo de los barrotes
y se reparten la luna, el hambre y el deseo.

Porque el aire recorre el tórax de los oportunistas
en tanto los pulmones de los hombres derrumbados
renuncian a sus amplios derechos de cometa.

Me voy porque ahora tiene que pagar impuesto
los árboles sencillos,
los ríos obedientes,
la piedra, las hormigas,
la lluvia consecuyente,
el gris interminable de los asnos,
las luciérnagas por su vientre iluminado
el sueño mineral de las tortugas
y hasta el clima sexual de las ovejas!

Me voy porque el trapiche renunció
al ladrillo de miel de su panelas.
la sal a su bruñida casta de marmaja.
Los pueblos al derecho de escribir su nombre.
Los hombres del trópico
ya no viven alrededor de los volcanes de la piña
sino entre la ceniza de los paludismos.
Ya no se les ve crecer el pelo sobre el hombro a
las mazorcas...
ni bailar a las lechugas con su traje de organdí!

Ahora sólo se palpa el almizcle integral de los jornales.
La mínima sangre del labriego.
El tibio cementerio de los ranchos.

El dudoso bolsillo de los clérigos.
El nocturno capital de los burgueses.
Las casas de pellejo de los médicos.
Los edificios de los abogados
construidos con el margen de las viudas.
Ahora las madres bajo su abultado vientre
llevan solo un cadáver precoz bajo la piel.

El corazón de tus hermanos
ya no es la dulzura en la mitad del pecho.
Se acabaron las diáfanas criaturas
las gentes con el nombre de cristal.
Las calles no volvieron a cantar en las ventanas.
A los loteros y a los lustrabotas
les sellaron con plomo sus Asambleas de esquina.
Y en las casas antiguas —el abuelo—
a la sombra del brevo familiar
doblega en silencio su cabeza blanca,
mientras Colombia en el mapa se desnuda
y le muestra a la América sus llagas!

—IV—

Hijo mío: mi sueño omnipotente,
mi sempiterna momia irreparable,
hará que tus párpados se crispen
y me nombren más allá de lo que estoy.

Este silencio que tendré en la boca
crecerá por tu voz como un gigante
cuando en los límites de la estratósfera
tu palabra me anuncie ante la tierra
colaborando serena en el plutonio
o decidida en el cuarzo o la marea.

Sentirás cómo mis huesos
con un lustre blanquecino y vítreo
para orientar los pasos de los muertos
abrirán su lámpara en la sombra.
Y pensarás —al contemplar la luz—
en mi pequeña intervención de chispa
cuando mi cuerpo inenarrable y alto
colabore en el pulso de la llama.
Y sabrás que la muerte es el principio.
Que mi oportuna decisión de paz,
no tendrá ya sol que la interrumpa más.
Que el uranio, el protón, los electrones
vendrán desde mi tumba hasta tus bíceps
para que levantes a pulso y distribuyas
la insignificante columna de cristal y espuma
con que la Bomba iluminó a los hombres.

Tu poder hijo-genio, en este siglo
será un monólogo de Dios en el espacio!

—V—

Cuando mi muerte haya colmado de lágrimas tu ojos.
Cuando comience el olvido a ponerte su inicial
de niebla.
Cuando se ponga amarillo mi nombre entre las
bibliotecas.
En fin, cuando digas —madre— como si dijeras
—huracán—
siéntate delante del silencio
y escúchame hijo mío:

Nada, ni nadie debe detenerte!
La tierra es tu imperio y tu palabra
conmoverá la dimensión azul de las montañas,
al viento-buey
la anatomía en el sol menor de las cigarras
la humana inclinación de la ballena
y ese temblor que las criaturas
guardan a la orilla de su sangre.
Pasarás largas noches tendido sobre el llanto
para que por tus ojos escape el dolor de tu amigos.
Recuérdame a través de tus venas hinchadas
y pálpame despacio en tu materia.
Cierra los ojos en tanto me extravió
retina adentro hasta el cerebro
y pega tu tímpano a la muerte
para lograr mis arpegios subterráneos.

Dos manos te dejo, hijo mío,
para labrar la tierra y enseñar
que la sangre de los adolescentes
no es vino en las orgías de los hombres de rapiña.
Dos piernas. Un nudo geográfico de arterias
para que invadas los puntos cardinales de tu patria
y execres a los hombres-alacranes
cuando se partan unos a otros las entrañas
y devoren el pan que entre el cadáver
está —como su juventud— sin digerir.

Te dejo también un sexo y un nombre de varón
exacto.

Una voz planetaria y un ancho corazón
como un satélite girando alrededor de la ternura.
La mujer, es tu madre y tu hermana en otro cuerpo
y como tal—al acercarte—se dulce hijo, infinitamente
dulce.

Y torna su materia, abstracta entre tus dedos.
Mi herencia es haberte hecho varón.
Haber logrado concebirte alto, simple, transparente.
Haberte dado a luz en este siglo
en que cada hombre es un dios omnipotente.

Hijo mío:
para que mi sueño sea blanco bajo el mármol.
Para que entre mi lengua

no escriban los gusanos tu nombre con dolor.
Para que crezca con pudor mi muerte;
sobre la desnuda columna de tu cuerpo;
es decir, para llamarte —hijo—
tiende al espacio una bandera blanca
—como un paracaídas infinito—
y diles a los hombres de la tierra
que en Colombia, la sonrisa de las calaveras
va a silenciar ya su coro entre las tumbas!

A CALI HA LLEGADO LA MUERTE

No.

Ni la sangre de polvo.

Ni el rumor de las venas sub-terrestres.

Ni los ojos de antiguas polillas vagabundas.

Ni los hombres de párpados doblados.

Ni la casulla del viento.

Ni la tierra pintada de frutos en la tarde.

No.

Nada.

Ni el sexo que comienza en la lengua de los niños.

Ni los pastores de culebras.

Ni las esquinas infieles sobre las ventanas.

Ni la dignidad de los trapiches

sostenida en el breve equilibrio de la caña.

Ni el transparente río que se hunde por los muslos
de Cali.

No.

Nada.

Ni las almadías del sueño.

Ni el somnoliento camello de la cordillera.

Ni el monólogo amarillo del sol en el espacio.

Ni la paz de los escarabajos.

Ni la mariposa pintora.

Ni el grillo concertista.

Ni la boñiga de oro.

Ni los geranios, ni las bicicletas
que absorben con sus esponjas de silencio
la tibia pereza de los muros

No.

Nada.

Ni el candor de las escuelas que traza palotes de
ausencia en los tableros.

Ni los borrachos que miran fijamente a la ventera
y le derraman el corazón entre las trenzas.

Ni las polleras de los siete-cueros.

Ni la barba de cristal de los torrentes.

Ni los panales detrás de las ortigas

Ni los bueyes de artificial melancolía.

No.

Nada pudo detener la muerte.

Llegó a Cali navegando

y los corceles del Océano Pacífico

la saludaron volcando sus belfos espumeantes
en la playa.

Llegó por el pito de los buques

por las banderas de los guacamayos

por el ojo de las agujas que remienda el pudor
de las modistas

por la voz de los muertos en los árboles

por los billetes rubios

por el alma incolora de los camioneros

por los ojos trasnochadores de los naipes
por la felina displicencia de los grandes
por la rosa ignorante
por el paisaje de zapatos sin huella.

Llegó sin pasaporte y cruzó la frontera
caminando sobre el miedo rosado de los niños
por el clavicordio dorado de los campanarios
por el pelo de agua de los cosos
por la sencillez de los pueblos
donde los campesinos y las almojábanas se
encaran con el sol
y los mendigos pegan su coto a las ventanillas del tren.

Llegó sin autorización de los muertos
que se salieron de sus tumbas
a protestar en un mitin putrefacto y amarillo.

Llegó por en medio de las garzas
los taladros
por entre el múltiple corazón de pitahayas
por la flor que se colocan las solteronas tras la oreja
por los solares donde hacen venias al viento los
interiores parroquiales
y un tulipán oye misa diariamente.

Por cerca de los gallos
que creen en la blancura de los huevos
por los tejados donde los zuros escriben la epopeya
de los celos
y los gatos y la luna
forman siete lechos y un violín.

Invadió los palacios, las haciendas
los ranchos y las niñas de capul.
Invadió el cielo y sus altos corderos extraviados.
Invadió la secreta desnudez de los cadáveres.
(La ciudad era un racimo de plomo derretido
y la muerte le salía a bocanadas).

La historia de Cali dejó de ser un río deliberadamente
puro
por cuyas ondas los días eran barcos de vidrio.

El rojo fue una lluvia sostenida en el aire
y entre los montes de cristal la sangre
dibujará para siempre vitrales en la sombra!

¡Hay que llorar desesperadamente!

EL UNIVERSO ES LA PATRIA

Yo soy esta mujer ancha de cuerpo
hormonal, de frente,
esta mujer con el sistema solar bajo la dermis
con las extremidades, los bronquios y la pluma
saludables;

esta mujer que le corta las venas al silencio
para fluir desesperadamente.

Yo soy esta mujer ancha de cuerpo
esta mujer que no cree en los límites ni en los idiomas
que no cree en cuatro docenas de himnos nacionales
ni en determinados colores de bandera.

esta mujer que respira con aire general
que establece la canción humana

el hermano mundial

El hombre cósmico

el niño incoloro

y una sola bandera

blanca como la sal de los enanos

blanca como la córnea de los negros

blanca como los huesos de los blancos

blanca como la leche que toman los lapones

colectivamente blanca

decididamente blanca.

Yo soy esta mujer ancha de cuerpo
que vive en medio de la raza humana
que llora a veces lágrimas de Argelia
o se sacude al compás del estertor de Chile.

Esta mujer que se desvela en el Congo
que tiene hambre en La China
que ostenta si cerrar la cicatriz de Pearl Harbor
que pierde el sentido y la noción
ante la cesárea que descuaja
el dorado vientre de Berlín.
Esta mujer que pertenece al dominio de la luna
de Moscú
que tiene la serena languidez de Suiza
el color de la melancolía de Colombia
o el escándalo gris de Nueva York.
Esta mujer propietaria del mar, de la tierra,
del cielo, del viento y las estrellas
esta mujer que besa en la boca a los mudos
que llora por las cuencas de los ciegos
que grita por el cáncer de los hombres
y dispersa una sinfonía entre los sordos.
Esta mujer llena de amor
que le fluye por los dedos de la mano
por los hilos del cerebro
por la madeja del pelo
por la leche de los senos
por la cal del esqueleto.
esta mujer llena de amor por el odio y la vigilia.
Por la muerte y el aborto.
Por la madre de Imbécil.
Por el hermano de Mediocre.

Por el padre de Anormal.
Por el hijo de Asesino.
Por la novia de Impotente.
Yo soy esta mujer ancha de cuerpo
hormonal, de frente.
Esta mujer con la risa grande y los dientes de frontera
declarando definitivamente
desde el amoroso territorio de su corazón
¡El Universo como Patria!

JAULA DE ESPEJOS O LA CONCIENCIA DEL HOMBRE

Les quiero hablar a los hombres que
nunca hicieron nada.
Y tengo tantas cosas que decirles
que al pensar en el tiempo
veo un tramo de arena en la memoria
como un pueblo amarillo y numeroso
rodando por las odres del vacío.

Antes de oscurecer les quiero hablar.
Les quiero hablar
trepada sobre los temporales
diluyéndome en el sótano
cayendo como un tifón desintegrado
cargada con un costal de decimales fríos
dígita y tremenda
con la proa de baba
y una clara maqueta de cocuyos
para salpicar con oro sus tinieblas.
Les quiero hablar inmensa
con mi cuerpo de sismógrafo y antena
con mi collar de excrementos ovejunos
y el tamaño oceánico de mi matriz.
Les quiero hablar
sin mirar para atrás para que el asco
no les colme el espacio que su cuerpo desaloja.

Les quiero hablar y preguntar
qué tren de carga los dejó en la vía
qué botella los tiró a la playa
de qué éxtasis nacieron
cuál grito les colocó el sexo en el embrión
o en qué río escatológico y profundo
naufragaron sus barcos de papel.

Les quiero preguntar
qué hicieron con la suma de los espermatozoides
con el alimento que tomaron del pico de las cumbres
con los fibromas que atacan la conciencia
con el arriendo del mar
con el cuerpo —que es la puerta del hombre—
y con la muerte
que les puso en la mano su cebolla interminable.

Hombres que nunca hicieron nada:
Respondan uno a uno
a dónde se columpia la tarántula del tiempo
en qué sitio se desnudan las naranjas
cómo se canta el memorándum del pobre,
cómo se metió la lengua en el sabor del mundo
y en qué momento se instaló el rocío
entre la hierba genital y obrera.

La tierra les pregunta
si no les empapó la carne de sustancia,
si no les hizo escritura de todos los caminos
si no les enseñó la lentitud de un minuto en la
penumbra...

El sudor no solamente es para el viento
que humedece la frente de los trigos.
Nuestra casa no debe estar pegada a nuestros pies
ni la vida es una lombriz intestinal.
No! Hay que abarcar el universo
hay que tener la dimensión perfecta
para que comiencen por nosotros las medidas.
Hay que prender como botones
los ojos, al pecho de la tierra.
hay que danzar como las cabras,
hay que romper el silencio en que las ratas
dirigen orquestas de queso en los suburbios.

Hay que llenar de células el territorio
usar la misma talla del sol
y si es necesario —como el toro—
rebotar un millón de cálices de sangre
¡para que rompan a aplaudir hasta los muertos!

No era suficiente crecer y vomitar.
Poner nuestro mojón enflaquecido o gordo
para kilometrizar la estupidez.
Legar nuestra piel de anónimas estatuas
a la yesca gelatina del gusano;
sentarnos sobre el cosmos primigenio
como un vendedor a quien le aprietan
el alma y los zapatos...
Había que coleccionar omnipotencia
había que tener metalurgia entre la sangre
había que borrar un día con llanto (como fue mi
madre)...

había que ser inmortal
había que hacer un alto de diez mil años en el tiempo
y saber a ciencia cierta
¡que somos primero y ante todo!

Era necesario gritar nuestro escándalo verde.
Mostar nuestras vetas de columna.
Los alamares de todos nuestros ganglios
reventar el brazalete de las constelaciones
duplicar en nuestros senos el paisaje lácteo
y de pronto una mañana
—de esas mañanas que no tienen importancia—
contarle tantas anécdotas al árbol
que se estallen de risa los cerrotes...

¡Silencio! para aquellos que no encontraron los
gerundios.

¡Silencio! para las manos que sólo colgaron de
las fuentes.

¡Silencio!

para los que no comenzaron a caminar desde su
madre

hasta abrirle la boca a los volcanes

¡Silencio! para los que no han puesto el álgebra
a marchar

para los que no han emitido un punto ni una raya
para los que oscurecen por las lianas.

¡Silencio! para los que aman sin extrema unción.

Para los que no son capaces ni siquiera
de estar alegremente muertos!

¡Requiem! para los mediocres
cuyo censo acusa
un trillón de habitantes
en las sienes de su pesebrera...

No. No era saltar de la placenta al diccionario.
No era llenar de agujeros los ojos de los edificios.
No era dirigir la sazón a los buitres.
No era defecar y sucumbir.

Era dejar que se levantara el médano desde nosotros.
Era bostezar más allá del lentiscal.
Era fecundar las piernas de la tierra
para que salieran hombres de la naturaleza.
Era saber que nos hicimos solos
y que nada ni nadie, nos entregó esa jaula de
espejos movedizos
por donde una especie de harinegra se pasea
como un duende por el esqueleto.

Era no caminar desnudos adentro de nosotros
mismos.

Era no morir antes de tiempo
como Emilia Ayarza se clavó en la sombra
antes de haber escrito una palabra
que marcara por siempre su memoria
¡sobre el anca veterana de los tiempos!

EMILIA AYARZA. Nació en Bogotá el 22 de mayo de 1919. Viajó por Estados Unidos, Canadá, Europa, África, Centro y Suramérica. Vivió sus últimos diez años en México y murió en una clínica en Los Ángeles, California, el 20 de junio de 1966. Doctora en filosofía y letras por la Universidad de los Andes. Se destacó como una de las primeras mujeres columnistas para el diario *El Tiempo* y luego en México con su columna “Diario de una mosca”. Fue colaboradora de la revista *Mito*. Escribió también narrativa, ganó un premio por su cuento “Juan Mediocre se suena la nariz” (1962) y dejó una novela, aún inédita: “Hay un árbol contra el viento”.

Dentro de sus libros de poemas se encuentran: *Poemas* (1940); *Sólo el canto* (1942); *La sombra y el camino* (1950); *Voces al mundo* (1955); *El universo es la patria* (1962); y las plaquette *Carta al amado preguntando por Colombia* (1958) y *Ambrosio Maíz, campesino de América* (1963). Ediciones embalaje del Museo Rayo publicó *Testamento* (1987) y la Editorial Magisterio publicó *Sólo el canto* (antología, 1996) y *Diario de una mosca* (recopilación de su trabajo periodístico, 1997).

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Alvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Album de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejó
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López

46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Oscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos

91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanas. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega

136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Alvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra
142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imaginate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío. Antología poética*, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno. Antología personal*, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson
160. *He escrito todo mi desamparo*, Hellman Pardo
161. *Viento voluble en medio del agua. Antología*, Gustavo Ibarra Merlano
162. *¡Salve, fecunda zona! Antología poética*, Andrés Bello
163. *Deliquios del amor divino. Antología*, Sor Josefa de Castillo y Guevara
164. *El universo es la patria*, Emilia Ayarza



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en febrero de 2020

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

